Año 1944 Número 69 Abril - Junio

BOLETÍN

DE LA

Real Academia Sevillana de Buenas Letras



SUMARIO

Pascual Lázaro.-Sevilla



Nuestra Señora de la Victoria (antes de la restauración)
Parroquia de Santa Ana

Año 1944 Número 69 Abril - Junio

BOLETÍN
DE LA
REAL ACADEMIA SEVILLANA DE BUENAS LETRAS

Breve noticia de las Imágenes de la Santísima Virgen María
veneradas con especial devoción en Sevilla en los días del
Descubrimiento y Colonización de América
y que figuraron en la magna procesión del
Primer Congreso Mariano Hispano Americano.
celebrada el domingo 19 de Mayo de 1929.

La Virgen de la Victoria y la primera vuelta al mundo

Iglesia Parroquial de Santa Ana

Entre las venerandas imágenes de la Madre de Dios, relacionadas estrechamente con el descubrimiento y colonización del nuevo mundo que como joyas preciosísimas y como reliquias sacrosantas guarda y conserva nuestra bendita Sevilla, ocupa muy principal lugar la Virgen de la Victoria, del extinguido convento de Frailes Mínimos de San Francisco de Paula, en Triana.

Fué erigido este convento en 1516 y consagrada su iglesia en Noviembre del año siguiente por el Obispo don Fray Francisco de Córdoba, titular de Velandia, Auxiliar del famoso protector de Colón, Fray Diego de Deza, a la sazón Arzobispo

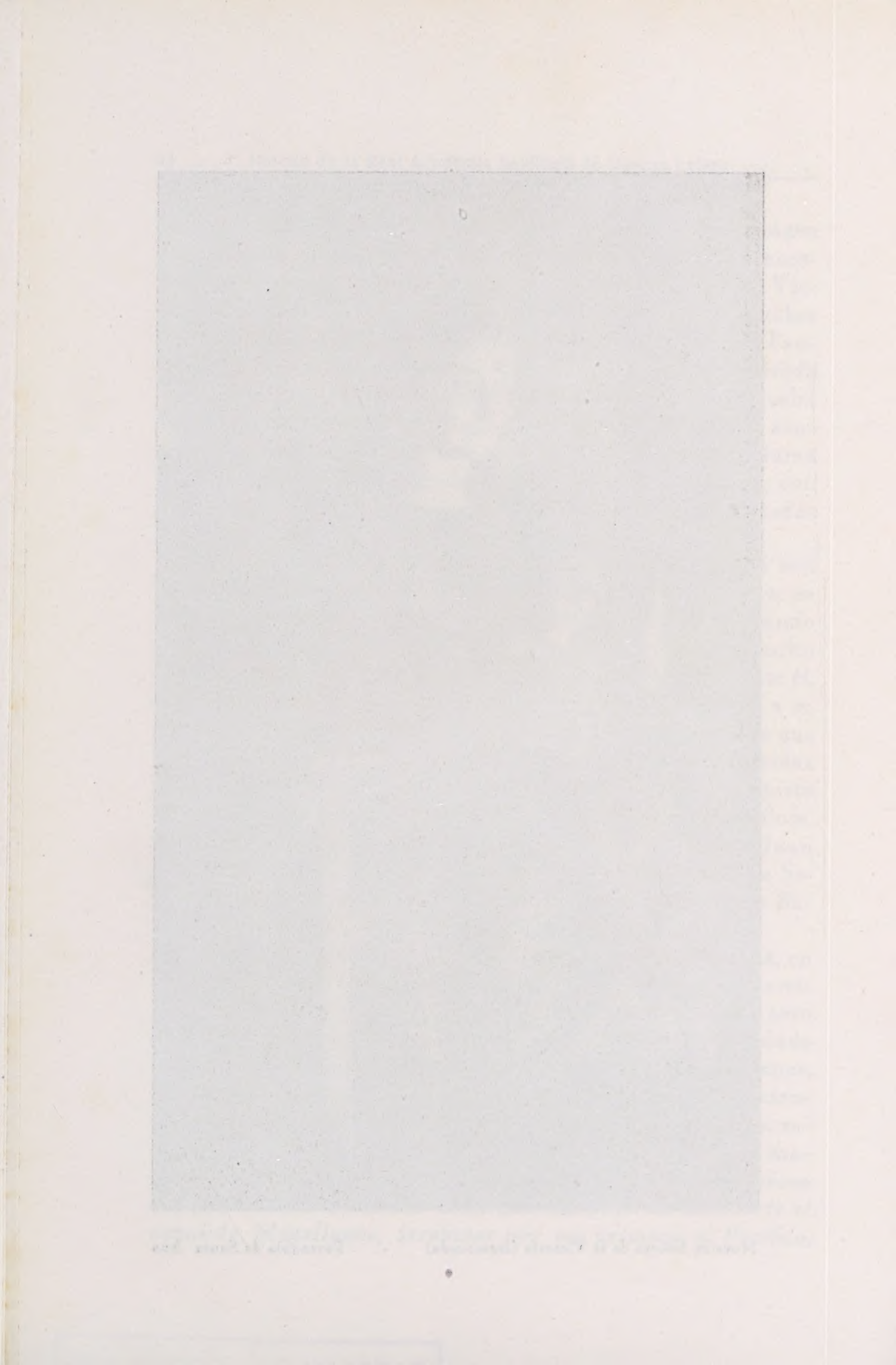
de Sevilla; en su altar mayor venerése la hermosísima imagen de la Madre de Dios, titular del templo, llamada como acostumbraron siempre los Mínimos de España, Virgen de la Victoria, en recuerdo de la conquista de Málaga y victoria sobre los musulmanes, prometida y profetizada por el glorioso Taumaturgo de Paula a los Reyes Católicos; fué muy venerada esta imagen de la Victoria por la gente del mar que embarcaba en el cercano muelle llamado de las «Muelas», y a Ella acudían en sus peligros los marinos sevillanos, llevando su fama y su devoción a las apartadas playas del Mundo Nuevo, con los nombres de otras no menos protectoras y muy visitadas Vírgenes sevillanas.

Pero lo más interesante en la historia de esta imagen son sus relaciones con la primera vuelta alrededor del mundo; en su templo y ante su altar y peregrina efigie recibió Hernando de Magallanes de manos del Asistente de Sevilla don Sancho Martínez de Leiva, la bandera de Castilla, y juró ante él, guardar fidelidad a la enseña que se le confiaba; recibió, a su vez, Magallanes, el juramento de los capitanes y pilotos que debían acompañarle en su arriesgada expedición y bendecidas en aquella hermosa mañana de los primeros días de Agosto de 1519 las cinco banderas de los barcos que formaban la flota, uno de los cuales, el que regresó cubierto de gloria con Juan Sebastián el Cano, se llamaba «La Victoria», partieron de Sevilla a 9 de Agosto, saliendo en definitiva de Sanlúcar de Barrameda el día 20 del mes de Septiembre.

Tres años más tarde, el día 8 de Septiembre de 1522, en que se celebra la festividad de la Virgen de la Victoria, arribaba frente a su convento sevillano, rota y maltratada, pero cubierta de laureles inmarcesibles, la nao «Victoria», mandada por Juan Sebastián, jefe después de la muerte de Magallanes, con sólo diez y siete tripulantes, supervivientes de los doscientos treinta y siete que salieron de Sevilla; desembarcados, salieron a visitar esta veneranda Virgen aquellos heroicos marineros, que con trabajos indecibles y derramando su generosa sangre, habían realizado la magna epopeya de *descubrir el canal de Magallanes, atravesar por vez primera el Pacífico,*



Nuestra Señora de la Victoria (restaurada) - Parroquia de Santa Ana



levantar el velo que ocultaba las Islas Filipinas, navegar a las Molucas por occidente y circunvalar por vez primera la Tierra. ¡La Virgen de la Victoria, que amparó estas empresas, recibió de Juan Sebastián y los suyos el más férvido homenaje de reconocimiento y de amor!

Diversas vicisitudes atravesó este hermoso convento trianero de los Mínimos; un voraz incendio destruyó su iglesia en 1704; reedificado en 1707, sufrió el convento graves daños en la invasión francesa en 1810; exclaustrados sus frailes en 1835 y vendido el convento a particulares, la revolución de 1868 cerró, por fin, su iglesia que fué demolida; hoy sólo queda como recuerdo de tan hermoso edificio, el mayor que tenía Sevilla después del convento Casa-Grande de San Francisco, la llamada «Huerta de la Victoria», detrás de los Remedios, al finalizar la calle Pagés del Corro; ¡así destrozó y perdió la revolución nefasta, tanto recuerdo histórico, venerando y glorioso!

La hermosísima imagen titular peregrinó por diversas iglesias: estuvo primero en el convento de monjas mínimas, llamado de Nuestra Señora de la Consolación, en el mismo arrabal trianero; de allí pasó a la hermosa parroquia de Santa Ana, estando colocada primero en un altar de la capilla de Santas Justa y Rufina, junto a la puerta de la nave del evangelio; quitóse después de la vista de los fieles y fragmentada en pedazos informes, quizás se hubiera perdido para siempre su nombre y su memoria gloriosísima, si un sacerdote hispalense, amante enamorado de la Madre de Dios y celosísimo de las glorias sevillanas, no se hubiera preocupado insistentemente de su restauración, logrando al fin ver otra vez tan veneranda efigie ocupando un precioso altar en la misma parroquia, antes dedicado a Santa Bárbara, preparado con amor para ello por el activo e inteligente señor cura párroco D. Bernardo Guerra Calzadilla, que ha decorado la citada capilla poniendo en su altar un precioso frontal de cerámica, alusivo a la Virgen de la Victoria.

Hermosa, sobre toda ponderación es la imagen; labrada en los mismos días que el templo, 1516, es de un clasicismo y

sobriedad, de una belleza y dignidad, que merece ser estimada entre las más artísticas sevillanas; no se libró, sin embargo, de atroces profanaciones; por vestirla de telas, quizás en los días que siguieron a la exclaustración, rompieron a golpe de azuela todo su manto, la toca que cubría su cabeza y parte de su túnica, dejándola como puede verse en las curiosas fotografías que procuramos obtener antes de restaurarla; no contentos con ello los profanadores, quitaron el Divino Niño de sobre sus rodillas y lo pusieron sobre el brazo derecho de su Madre, ya tan transformada, que, como se ve en la fotografía, no era posible reconocerla, haciendo de una hermosa Virgen del más exquisito arte renaciente, una vulgarísima efigie de época muy posterior.

Al acercarse el magno Congreso Mariano Hispano-Americano, accedió muy gustoso el venerable Prelado Hispalense Cardenal Ilundain, a que la Virgen de la Victoria, que en su procesión había de tener lugar de honor, fuese convenientemente restaurada; y nombrada por él una comisión integrada por los señores conde de Aguiar y el que estas líneas escribe, como académicos de la Real de Bellas Artes de Santa Isabel de Hungría y miembros de la Comisión de Monumentos, encargaron la obra al perito restaurador don Manuel Galiano, asesorado por el competente escultor don José Ordóñez.

Al finalizar el año 1928 quedó perfectamente terminada la empresa, y con tal acierto que no pueden distinguirse en la escultura las partes restauradas, quedando en todo igual a su primitiva hechura.

De hoy más pueden admirar Sevilla y el Nuevo Mundo a tan gloriosa Virgen como en los días de Magallanes y Sebastián el Cano, y postrarse ante sus aras demandando favores de sus manos poderosas.



Nuestra Señora del Buen Aire - Capilla del Seminario de San Telmo

Nuestra Señora del Buen Aire

Capilla del Palacio - Seminario de San Telmo

La Cofradía o agregación de marineros que ya tenía Regla propia en el año de 1561, establecida en el populoso arrabal de Triana, al otro lado del Guadalquivir, centro donde pululaba la marinería que hacía en aquellos años la *carrera de las Indias,* como se llamaba al Nuevo Continente, fué elevada por Real Provisión de Felipe II, en 1569, al rango de *Universidad de Mareantes,* agrupándose en ella cuantos hacían tráfico por las aguas, desde los armadores y capitanes hasta los simples grumetes.

En aquel barrio de marineros fundó hospital y templo, llamándose ambos de Nuestra Señora del Buen Aire, título con que desde antiguo veneraban nuestros marineros a María Santísima, ya que su suerte y vida estaban encomendada a esta bendita «Estrella de los Mares» que, dominando este elemento, debía protegerlos en su paso por el mar proceloso...

Tal es el origen del nombre de la hermosa capital de la República Argentina, llamada por su fundador don Pedro de Mendoza, *la Ciudad de Santa María de Buenos Aires,* como puede verse en la erudita «Historia de los hechos de los castellanos en las Islas y tierras firmes del mar Océano», escrita por Antonio de Herrera.

En 1573 estrenóse el templo de los *Mareantes,* de Triana, teniendo en él lugar de honor esta hermosa efigie, obra acabada, del mismo siglo XVI, debida al hábil cincel del maestro Juan de Oviedo; muy en auge en este siglo y en el siguiente, a esta Universidad pertenecieron todos aquellos intrépidos y cristianos varones que honran la Patria historia con su participación en los descubrimientos y colonización del Nuevo

Mundo, los que recibieron para sus gloriosas empresas vitales alientos, santas energías de esta bendita Señora del Buen Aire, cuya imagen llevaban en sus frágiles bajeles, cuyas glorias y alabanzas cantaban a bordo todas las tardes al ponerse el sol, a quien hacían votos y promesas en las horas difíciles, como lo muestran los preciosos *exvotos* que aun se guardan en la capilla del Palacio-Seminario de San Telmo, recuerdos gloriosísimos de la tierna devoción de aquellos marineros sevillanos a la Madre de Dios.

En 1607 expidióse una Real Cédula para que se formase en la Nación un Seminario de muchachos, huérfanos y vagabundos que, después de educados, sirvieran en la Armada; solicitó la Universidad de Mareantes que tal fundación se realizase en Sevilla, de tan gloriosa historia marinera; accedió el Rey, después de consultado con la Casa de Contratación, por Real Cédula de 1678, y nombró administradora perpetua a la Universidad de Mareantes.

Al tratar de edificarse junto al antiguo Hospital de Nuestra Señora del Buen Aire, en Triana, nuevo local para este Seminario de muchachos, temiéndose por el grave peligro de las arriadas, se juzgó más conveniente venirse a este lado del río, al barrio de San Telmo, residencia en otro tiempo de los Obispos de Marruecos.

En 1682 comenzaron las obras del nuevo Seminario, no terminándose hasta 1796, por las dificultades pecuniarias en que se encontraban los encargados de realizar tan magna labor, quedando, al terminarse el edificio en su parte exterior, salvo ligeras modificaciones, como se halla al presente; en su capilla y en el altar mayor se labró hermoso camarín para la Virgen del Buen Aire, traída del antiguo hospital trianero.

Para acomodar la devota efigie al amplio camarín actual la transformó el famoso escultor don Pedro Duque Cornejo, en 1725; conservando las partes principales del hermoso relieve del siglo XVI, le añadió el trozo de nubes sobre que se asienta, le puso a la Señora manto y toca, y la doró y estofó de nuevo, como puede observarse estudiando esta interesante

escultura, en la que claramente se notan las huellas de esta restauración.

Hermosa es, en efecto, la imagen como se ve al presente; sentada en trono de nubes, sustenta la Señora sobre su lado izquierdo al Niño Divino, que, en pie, abraza a su Madre con su brazo derecho; la diestra de la Virgen tiene una preciosa embarcación, como pide su título, siendo el grupo de los más lucidos de nuestra ciudad.

Diversas vicisitudes sufrió el Seminario Universidad de Mareantes; clausurado en 1847, dos años después fué adquirido para Residencia de Sus Altezas Reales los Serenísimos Señores Infantes Duques de Montpensier, siguiendo en todos los años en que fué regia mansión, recibiendo continuo culto la Virgen del Buen Aire; al morir en 1897 la piadosa Infanta doña María Luisa Fernanda, lo legó en su testamento para que en él se instalase la Universidad General y Pontificia de San Isidoro y San Francisco Javier, y hechas las obras de adaptación, pudo estrenarse en Octubre de 1901 el Seminario eclesiástico en el local del antiguo Seminario de mareantes, rigiendo la Archidiócesis el venerable Prelado don Marcelo Spínola y Maestre; últimamente el celoso pastor que hoy la rige, Cardenal Ilundain y Esteban, lo ha convertido en perfeto Centro escolar eclesiástico, modelo en su género, respetando sabiamente su carácter arquitectónico y artísticas bellezas.

En su capilla, la Virgen del Buen Aire, de historia tan gloriosa, que alentara a los bravos hombres de mar de siglos pasados a empresas aventureras, sigue alentando hoy a los seminaristas que la aman con entusiasmo, a dilatar más y más el reino de Dios entre las gentes.



Nuestra Señora del Coral • Parroquia de San Ildefonso

Nuestra Señora del Coral

Iglesia Parroquial de San Ildefonso

Interesantísima es, en extremo, la historia de Nuestra Señora del Coral, venerada en la parroquia de San Ildefonso; ante ella oraba con fervor el famoso navegante Juan Sebastián el Cano, el primero que dió la vuelta al mundo, en aquella celeberrísima expedición que partiendo del puerto de Sevilla en el año 1519, capitaneada por Hernando Magallanes, bajo cuyas órdenes estaba Juan Sebastián, regresó a Sevilla realizada la magna epopeya en Septiembre de 1522, mandada ya por este intrépido marino, por haber muerto Magallanes, asesinado por los naturales de Mactán, en las islas Filipinas.

«Tu primum circumdidisti me», «Tú has sido el primero que me has rodeado», fué el mote o leyenda que dieron a Juan Sebastián por empresa de su escudo, *un mundo*, para perpetuar su hazaña inmortal; la Virgen del Coral alentó al marino y recibió sus férvidas acciones de gracias por haberlo amparado en trances dificilísimos.

Esta hermosa pintura mural es coetánea ciertamente de las de la *Antigua*, en la Santa Iglesia Catedral, y de la de *Roca Amador*, en San Lorenzo; las tres del siglo XIV, con marcados recuerdos románicos y las más antiguas, en su género, de las que hoy veneramos en Sevilla; la falta de crítica arqueológica en nuestros escritores de los siglos XVI y XVII, junto con el empeño de atribuirles origen remotísimo, los llevó a señalar a las tres mencionadas imágenes una época que ciertamente no es la suya; no necesitamos nosotros, para celebrar sus glorias y grandezas, recurrir a tales argumentos; las tres en siglos pasados cautivaron el corazón de los sevillanos

y sus favores y prodigios llenan páginas de nuestra historia mariana insuperable.

Debe su nombre esta imagen a una pequeña rama de coral que pendiente de una cadena tiene en el cuello el Divino Niño que sustenta la Señora en su brazo derecho; muestra el Hijo un pajarillo en su diestra mano y con la siniestra intenta coger una fruta o poma que le ofrece su Madre benditísima.

Viste la Señora, que está de pie y muy inclinado su tronco con relación al resto del cuerpo, túnica grana y manto con cuello muy alto; Jesús Niño está desnudo en su parte superior; ambas figuras han sido restauradas en diversas ocasiones.

La imagen que luce en el Simpecado es de escuela de Murillo, bellísima copia del original.



Nuestra Señora la Virgen Sevillana - Convento de San Buenaventura

La Inmaculada Concepción, llamada la Sevillana

Iglesia del Convento de Franciscanos de San Buenaventura

En el altar mayor de la iglesia del Doctor Seráfico S. Buenaventura, antiguo colegio de «Propaganda fide» de los Menores Observantes franciscanos, y hoy su iglesia conventual, se venera la hermosa imagen conocida por todos con la advocación de la Virgen Sevillana.

Representa esta efigie a María Santísima en el soberano misterio de su Concepción Inmaculada; de estatura natural, de rostro hermosísimo, muéstrase de pie la Señora, con un libro abierto entre sus manos, y en él fijos los ojos, en actitud de contemplar lo que lee; viste ricas telas blancas por túnica, cubriendo sus hombros manto azul celeste y ciñe sus sienes corona imperial de bien labrada plata, circundando su contorno ráfagas del mismo metal, y ostentando bajo sus pies la media luna, atributos todos relativos a la Mujer de la visión apocalíptica, vestida del sol, con la luna por escabel de sus plantas, y coronada de estrellas.

Debió ser trabajada esta efigie en los primeros años del siglo XVI, pues su rostro y sus manos, y el ser hecha para sobrevestirla con telas, no permiten concederle mayor antigüedad; veneróse en el oratorio particular de una religiosa familia que le tributaba reverente culto; mas en el siglo XVII y con motivo de la terrible epidemia que en 1649 azotaba diezmando a Sevilla, conocida con el nombre de landres o peste negra, comenzó a manifestarse maravillosa; en la antigua calle de Vizcaínos, llamada hoy de Fernández y González, y en una de sus casas, antiguo hospital, cercano al convento Casa-Grande de San Francisco, hoy Plaza de San Fernando y calles ad-

yacentes, moraba una piadosa señora que, dejando sus galas y vestida de tosco sayal de terciaria franciscana, daba continua guardia y prestaba servicios a esta hermosa Virgen Inmaculada que, heredada de sus mayores, tenía en devoto oratorio, como la joya más rica y digna de sus entusiastas amores.

Un día del año que citamos, mientras Sevilla se consumía en el atroz contagio de las landres, al entrar la señora en su oratorio, oyó clara y distintamente la voz de la Madre de Dios que desde el hermoso simulacro le decía: «Llévame a San Francisco, a la Capilla Mayor».

Angustióse la piadosa mujer al escuchar el mandato, por verse privada de la compañía de tan rico tesoro, y difirió el cumplirlo; mas al penetrar a la siguiente mañana en el oratorio, vió con asombro a la Inmaculada sobre el plano del altar, reiterando su deseo, con firmeza; rogóle esta vez a la Madre del Señor la afligida señora, que quisiese permanecer en su morada, indicando qué cultos y obsequios anhelaba, que ella se los tributaría; pero como no fuese ejecutado su mandato, apareció al tercer día la imagen en el suelo, ordenando a su dueña: «Llévame a San Francisco, a la Capilla Mayor».

Corrió asustada al convento a dar cuenta a su confesor de estos avisos, mas no se le dió crédito; al regresar a su casa halló a la Virgen bajando la escalera, y pasando aviso a los Religiosos Franciscanos vinieron con su R. P. Guardián, y cerciorados de la expresa voluntad de la Madre de Dios, lleváronla en procesión solemne a su próxima iglesia.

Fué colocada entonces en la Capilla Mayor, según sus deseos, y comenzó entonces a mostrar su poderosa mediación, acudiendo ante sus aras el afligido pueblo sevillano, que vió cesar en 2 de Julio de aquel año, fiesta de la Visitación de Nuestra Señora, el grandísimo azote del contagio, por lo que tributó a tan hermoso Simulacro rendidísimas gracias.

Adornada en este tiempo con ricas joyas, fué despojada de ellas en cierta ocasión por un nocturno ratero que, sorprendido, pagó en azotes su sacrilegio; mas como algunos, admirados, se preguntaran cómo había permitido esta Señora, tan cuidadosa de su honra y culto, este despojo, respondieron

otros: *¡Como es tan Sevillana, no hace caso ni aprecio de riquezas!;* de aquí le vino a esta Inmaculada el gracioso nombre de *Virgen Sevillana* con que desde aquel hecho es de todos conocida.

La Autoridad Eclesiástica ordinaria formó expediente canónico en donde consta todo lo relatado; la piadosa mujer, que conociendo la voluntad de la Virgen Santísima donó este Soberano Simulacro a la Orden de San Francisco, murió con fama de santidad con el nombre de Venerable Madre María de San Francisco, y fué sepultada en el mismo convento; restaurada la iglesia, después de la ruina de 1650, se colocó la Señora en el magnífico altar mayor, de mármol, labrado por la munificencia de los Sres. marqueses de Ayamonte, patronos de la capilla; ante esta Señora se celebraron cultos solemnísimos por los Religiosos Franciscanos en 1662, al imponer silencio Alejandro VII a los impugnadores de la *opinión piadosa* en el misterio de la Concepción sin mancha; en 1709 al decretar Clemente XI la fiesta de la Inmaculada para todo el orbe, y sobre todo en 1761 con motivo del Patronato concedido por Clemente XIII a la Señora sobre España y sus Indias, en cuyas fiestas salió la *Virgen Sevillana* ricamente adornada y en procesió magnífica.

Al comenzar el siglo XIX volvió la *Virgen Sevillana* a librar a su pueblo del contagio de la *fiebre amarilla,* como lo hizo en la peste negra en 1641, recibiendo el testimonio de la gratitud y el amor sevillano; en los días nefastos de la invasión francesa, profanado su templo, fué escondida en la morada de los piadosos marqueses de Casa-Ulloa, sus devotos; restituída a su altar, la exclaustración de 1835 que arrojó de su convento a los hijos del Serafín de Asís, dejó la *Virgen Sevillana* sin la custodia que Ella eligiera; estuvo en su iglesia hasta 1840 en que, derribada, pasó a la contigua de San Buenaventura y ocupó el altar mayor en que hoy es venerada; antes de finalizar el siglo XIX volvieron los Franciscanos a cuidar de la iglesia y en ella le tributan reverentes y concurridos cultos.



Nuestra Señora de la Merced - Convento de la Asunción



Nuestra Señora de la Merced

Iglesia de Santiago de la Espada

Convento de Mercedarias Calzadas de la Asunción

Dádiva preciosísima del Santo Rey Fernando III, glorioso Conquistador de Sevilla, al Santo Fundador del Orden mercedario, Pedro Nolasco, es esta devota imagen de la Virgen de la Merced.

Acompañó San Pedro Nolasco al piadoso e invicto Rey Jaime I de Aragón, llamado el Conquistador, su discípulo, a las expediciones militares de Mallorca, Valencia y Murcia, y éste fió tanto en la virtud y oraciones de su Santo Preceptor que a ellas atribuyó el grandioso éxito de sus campañas contra los musulmanes; noticioso de ello nuestro glorioso Rey San Fernando, solicitó y obtuvo del Santo Patriarca mercedario que con algunos de sus hijos, caballeros de la recién instituída Orden de la Merced vinieran a auxiliar al Conquistador, no sólo con sus súplicas y preces fervorosas, sino también redimiendo cautivos que militaron al punto en las huestes cristianas, como lo hizo varias veces durante el asedio de Sevilla San Pedro Nolasco, que logró penetrar en diferentes ocasiones en el interior de la Plaza, con gravísimo riesgo de su vida, y rescatar tres mil setecientos setenta cautivos, nuevos soldados que ayudaron al Santo Rey, con cuyas dádivas fueron libertados.

Devotísimo de la Madre de Dios, acostumbraba a llevar el Rey Santo imágenes de esta Soberana Señora en carros o literas que, diseminadas en su campamento, servían de consuelo y protección a las muchas gentes de guerra que lo acompañaban; así tenemos en esta Ciudad de Sevilla hermosísimos

Simulacros que proceden ciertamente de los días del sitio y reconquista; tales son la de las *Aguas*, así llamada por haber repetidas veces obtenido el beneficio de la lluvia en prolongadas sequías, y que fué donada por el Santo a la insigne iglesia colegial de San Salvador; la de las *Batallas*, preciosísima, tallada en marfil, *socia belli* de San Fernando, como traída siempre en el arzón de su caballo, guardada ahora en la Santa y Real Capilla; esta de la *Merced* que llevaban San Pedro Nolasco y con él los Mercedarios y los caballeros Catalanes; y sobre todas la *Reina de los Reyes*, amor de los amores del Rey Santo, a quien se dió el lugar de honor en el Templo Mayor sevillano.

Reconquistada Sevilla, fundó la gratitud de San Fernando un amplio convento de Mercedarios, cercano al río Guadalquivir, y para su altar donó a San Pedro Nolasco esta devota imagen; muéstrase en ella la Madre de Dios, de pie, con estatura igual al natural, revestida de blanca túnica y manto, según los colores de su Orden, y su cara, de color oscuro y falta de modelado, revela su antigüedad, inclina un poco su cabeza hacia el lado derecho y ostenta sobre el brazo izquierdo a su Divino Hijo, mientras que su diestra mano lleva el cetro y el escapulario mercedario.

Gravísimas mutilaciones ha sufrido tan histórica imagen; el afán insano de revestir con telas efigies que fueron hechas para ostentar su talla, comenzó en el siglo XVII por ocultar bajo ampulosos ropajes, primores de ejecución más antigua; pero en el XVIII prosiguió su labor devastadora amputando miembros, aserrando trozos, mutilando horriblemente esculturas que por ser reliquias de la devoción, la tradición y el arte, debieran ser conservadas incólumes; la ignorancia cortó a esta bella imagen, tallada en madera dura y hermosamente estofada, todo su tercio inferior, la despojó de ambos brazos, montándola sobre un armazón para poderla sobrevestir, y poniéndole brazos, manos, y Niño Jesús, muy posteriores a su época y que desentonan del conjunto; ¡pena inmensa causa contemplar a esta Señora sin tales vestidos, siendo casi imposible devolverla a su primitivo estado!

Fué esta Virgen de la Merced una de las imágenes más famosas y veneradas en Sevilla; madre y libertadora de cautivos, sus hijos los mercedarios solicitaban su protección singular para estas heroicas empresas, siendo tantas las redenciones que bajo su égida realizaron los religiosos de este convento en el espacio de seis siglos, que no es posible relatarlas; basta citar, para ejemplo, la memorable procesión del día 7 de Junio de 1759, en que fué llevada esta Señora por sus hijos los frailes mercedarios de los tres conventos de Sevilla, a la Iglesia Mayor para dar gracias por haber sido rescatados en Marruecos ochenta y ocho cautivos de todas clases sociales, entre ellos dos Franciscanos Descalzos de esta Provisión de San Diego; la Ciudad entera acompañó a la Virgen de la Merced, llenó el amplio Templo Metropolitano y entonado por el Prelado solemne Te-Deum, siguió el pueblo cantándolo por calles y plazas, rodeando el trono de la Virgen, libertadora de cautivos.

Entre las maravillas que de esta Señora refieren los cronistas, merece citarse un hecho que con unanimidad todos refieren; dió en presencia de esta imagen, cierto caballero de la principal nobleza, palabra de casamiento a una honrada y pobre muchacha y después de haber satisfecho su insana pasión, negaba a la doncella su promesa; aseguraba la mujer, con el testimonio de la Madre de Dios, la palabra y compromiso dados, y como fuese él conducido al templo, interrogada la Soberana Señora, inclinó, en señal de asentimiento, su cabeza, como se mira al presente, creciendo con este milagro su culto y su veneración entre todas.

En su «Memorial de las Estaciones religiosas de Sevilla» refiere el Abad Sánchez Gordillo que: «en todos los días y horas del año están muchos fieles en su presencia, haciendo vigilias continuas, que llaman ir a velar, y parece que debe ser, que como a la Virgen Santísima se le va siempre a pedir por merced el remedio de las necesidades, hallándose unido su nombre e intercesión a la confianza que inspira, entran diciendo en su templo tan luego como la ven esta exclamación:

«Virgen y Madre de Dios,
Mercedes os pido,
Otorgádmelas Vos.
Para vos son pocas,
Para mí muchas son».

Los religiosos Mercedarios, que en crecido número fueron de estos conventos sevillanos a la evangelización del Nuevo Mundo, llevaron, como hijos amantes, el culto y la devoción de esta Señora allende los mares, y entre los colonizados floreció lozana, siendo conocidísima esta Virgen Soberana.

Cinco años después de la exclaustración, en 1840, fué cerrada al culto la hermosa iglesia donde se veneró esta Señora, convertida hoy en salón principal del Museo Provincial de Bellas Artes; pasó de allí al vecino templo de monjas mercedarias de la Asunción, en la misma plaza; arrojadas de allí las religiosas y profanado el santuario por la nefasta revolución de 1868, estuvo la Señora en el oratorio del piadoso marqués de Rivas del Jarama, y de Tous, desde Octubre de 1868 hasta Mayo de 1871, en que murió el citado prócer; fué llevada al convento del Socorro, de Franciscanas, que albergaron a las pobres Mercedarias; instaladas éstas en el templo del Buen Suceso más tarde y de manera transitoria, allí fué venerada la milagrosa imagen hasta que, labrado el nuevo convento inmediato a la iglesia de Santiago de la Espada, pasaron a él las religiosas, colocando en un altar del restaurado templo la Soberana y histórica Virgen de la Merced.



Nuestra Señora de Roca-Amador - Parroquia de San Lorenzo



Nuestra Señora de Roca - Amador

Iglesia Parroquial de San Lorenzo

No es española, sino venida de Francia la devoción a María Santísima, bajo esta advocación; en la diócesis de Cahors, existe en el pueblo llamado Roca-Amador, un famoso santuario de muy interesante tradición; en el siglo primero de la Iglesia, un piadoso eremita, Amador, que no es otro que el Zaqueo visitado por Nuestro Señor, marido, según la antigua tradición, de la Verónica, llegó con ella a las Galias, siguiendo los pasos del Apóstol de Aquitania, San Marcial, y contribuyeron eficazmente a la conversión de Burdeos; muerta la Verónica en Soulac, Amador se retiró a una alta roca en los Cadurques y edificó en honor de María Santísima una pequeña capilla en las concavidades de la montaña; muerto en olor de santidad, celebra la Iglesia su fiesta en el día 26 de Agosto; la pequeña capilla fué consagrada por San Martín.

La devoción a Nuestra Señora de Roca-Amador dió origen a continuas peregrinaciones, que en el siglo XII llenaron de inmensas muchedumbres los caminos que conducían al Santuario; milagros sin cuento se realizaban por la intercesión de la Madre de Dios, y de todas partes de Europa afluían muchedumbres de fieles; San Luis Rey de Francia, San Bernardo, abad de Claraval, Santo Domingo de Guzmán, Santa Juana de Arco, San Antonio de Padua, San Engelberto de Colonia, el Beato Raimundo Lulio, y cien otros varones eminentes en santidad, se postraron ante las aras de Santa María en Roca-Amador.

Se formaron en Inglaterra, en el Brabante, en Italia, en Alemania y sobre todo en España, congregaciones de pere-

grinos, famosos ya en los siglos XII y XIII, las que en sus respectivos países construían hospitales o albergues, de los que se conservan aun vestigios en Portugal, en Francia y en España.

Tal es el origen de la imagen de la Virgen de Roca-Amador, que veneramos en Sevilla; pintada sobre un trozo de pared en el siglo XIV, es una de las más interesantes producciones artísticas de aquella época; tuvo su hospital y su hermandad y fué popularísima su devoción en nuestro pueblo, por lo que algunos historiadores, para más enaltecerla, pretendieron, faltos de crítica arqueológica, atribuirla a épocas muy remotas.

Tan interesante pintura mural fué restaurada en 1693; hoy cuida de su culto la Hermandad Sacramental de la parroquia, la que conserva en su sala de Juntas el hermoso Simpecado con la imagen de la Señora que figuró en la procesión.



Nuestra Señora de Guadalupe - Santa Iglesia Catedral



Cuadro de Nuestra Señora de Guadalupe

Capilla de San Hermenegildo de la Santa Iglesia Catedral

La veneranda imagen de Nuestra Señora de Guadalupe, de culto y fama universal, rico tesoro guardado en su magno monasterio de las Villuercas, pertenece a esta bendita Ciudad de Sevilla.

Veneróse esta imagen en Roma, en el oratorio privado del Pontífice San Gregorio Magno, siendo ya en aquellos días veneradísima por sus milagros, pues como asolase a la Ciudad Eterna una terrible mortandad en la que fenecieron cuantos estornudaban, ordenó el mismo Pontífice una magna procesión de rogativa para implorar el socorro de los cielos, llevando en andas esta Soberana imagen, que por tradición se tenía como coetánea de la Madre de Dios, y hecha por algún varón apostólico.

Cantaban a coros las letanías los que formaban en la comitiva, y al pasar el Simulacro de la Virgen bendita, huía el aire infecto y disminuía el contagio; pero al pasar por delante de la Mole Adriana, vieron todos a un Angel que envainaba su espada, demostrando casar ya la peste; oyóse al mismo tiempo un angélico concierto que cantaba: «Regina coeli, laetare, alleluia, quia quem merusti portare, alleluia, resurrexit, sicut dixit, alleluia»; inspirado entonces el Santo Pontífice, añadió: «Ora pro nobis, Deum, alleluia», terminando así la devota deprecación, usándola desde entonces la Iglesia.

Creció desde entonces el culto y la devoción a esta imagen, la que en prueba de singular cariño y reverencia envió San Gregorio a su grande amigo San Leandro, Arzobispo de Sevilla, a quien trató íntimamente en la corte de Constanti-

nopla, y a quien honró remitiéndole el palio y dedicándole varios de sus hermosos tratados.

Como don de los cielos recibió Sevilla a esta Señora, guardada desde entonces en la capilla del Palacio Arzobispal; desde allí irradió luces clarísimas que encendieron más y más a los sevillanos, hijos suyos desde los mismos días de la predicación Apostólica, en su amor y reverencia; allí inflamó más y más a los Santos Leandro e Isidoro que moraban cabe Ella, en el amor de Dios y en su servicio; en aquel oratorio preparó y dispuso la futura reconquista de la Ciudad, encargando al santo doctor Isidoro que alentase, llegado el tiempo, a San Fernando a quien la Señora confiaba esta empresa; ¡de Sevilla es, por muchos títulos, esta bendita Morena de las Villuercas! ¡Aquí quiso morar, moviendo a San Gregorio para que la regalase a Sevilla! ¡La Virgen de Guadalupe es tesoro y prenda nuestra!

Llegaron los tristes días de la invasión sarracena; los sevillanos ocultaron, con otras reliquias, la amada Virgen en los montes de Extremadura, en áspera sierra a cuyo pie nace el río Guadalupe, dejando en la cueva testimonio fehaciente de la procedencia de la imagen; con lágrimas abandonaron tan precioso tesoro y huyeron a los montes asturianos con los restos del destrozado ejército de los godos, acaudillados por Pelayo.

Seis siglos permaneció oculta la Virgen benditísima; en 1326, reinando Alfonso XI, se descubrió de modo maravilloso; reveló la Señora su escondite a un sencillo pastor de aquel contorno, resucitándole una vaca primero, después a su hijo, atrayendo aquellos portentos inmensas muchedumbres, siendo poco después su santuario el más famoso y conocido, no sólo en nuestra nación, sino en todas partes, ya que ante sus aras se han venido a postrar a demandar favores y a rendir homenajes de gratitud, reyes y grandes señores, prelados, religiosos, hombres de ciencia, misioneros y conquistadores, viniendo a ser su monumental Monasterio como el foco de la gran luz que España irradió en su apogeo, como el asiento de la gran-

deza de esta nación que causó asombro por su excelsitud a todos los pueblos.

Estrecha relación tiene esta imagen en los pueblos americanos; oraban ante Ella los descubridores y conquistadores; hacían ante sus aras promesas y votos; llevaban su imagen al Nuevo Continente; legaban en sus testamentos limosnas y mandas a Santa María de Guadalupe; entre todos, Hernán Cortés, nacido bajo su manto, en Medellín, amó con vehemente entusiasmo a esta Señora; a Ella debe su nombre la aparecida milagrosamente en la cumbre del Tepeyac, en Mayo de 1531, pues por la férvida devoción que a la Virgen de Guadalupe extremeña profesara el Conquistador, dieron a la aparecida esta misma advocación tan familiar entre ellos.

Sevilla, aunque perdió el rico tesoro de la Virgen de San Gregorio, no se entibió en su devoción; entre otras imágenes que la representaban, era memorable un fresco existente en la parroquia de San Gil, debido a la piedad de Hernán Cortés que en aquella feligresía moró poco antes de morir; este fresco, pintado en el lienzo de muro existente entre la capilla del Sagrario y la puerta de la nave de la epístola, ostentaba en su retablo correspondiente una poesía latina que narraba la historia de la Virgen de Guadalupe; perdido el fresco, fué sustituído por este hermoso cuadro dorado y estofado sobre madera, que muestra a la Señora en su parte superior y al pie una vista general del monasterio.

. Es obra interesante del siglo XVII; hace pocos años fué traído a la Santa Iglesia Catedral y en ella es venerada, colocado en la capilla de San Hermenegildo.



Nuestra Señora de la Hiniesta - Parroquia de San Julián



Nuestra Señora de la Hiniesta

Patrona del Ayuntamiento

Iglesia Parroquial de San Julián

El origen y venida de esta antigua imagen a nuestra Ciudad lo refieren unánimemente nuestros analistas de este modo: Corría el año de gracia de 1380; hacía ciento treinta y dos años que el invicto Rey San Fernando había libertado a Sevilla del onimoso yugo sarraceno, cuando un noble caballero catalán, Mosen Per de Tous, de la servidumbre del Rey Enrique II y de sus hijos los infantes don Juan y doña Leonor de Aragón, muy aficionado a los placeres de la caza, andando cierto día por los espesos bosques del Principado catalán persiguiendo a una perdiz con su azor, hubo de refugiarse aquélla en una retama o *hiniesta,* huyendo de su enemigo; siguióla el azor internándose en la espesura; corrieron tras ella los perros que llevaba el noble Caballero y él mismo, ansioso de darle alcance; mas quedó del todo atónito y suspenso al contemplar a la perdiz posada en una devotísima imagen de María, y junto a ella el azor sin causarle daño alguno; postróse reverente en tierra, venerando a la aparecida Señora; llamó luego a sus monteros que hicieron lo mismo, y al examinar la escultura encontraron a sus pies una inscripción con esta leyenda: «Sum Hispalis, de sacello ad portam quae ducit ad Cordubam».

Pensó en seguida Mosen Per de Tous en llevar a Sevilla la imagen, y así puesta en un carro adornado con ricos tapices y escoltada por él y sus monteros, atravesó media España, siendo recibida en su paso por las ciudades y pueblos con sin-

gulares muestras de veneración y entusiasmo al conocerse su aparición; antes de llegar a esta Ciudad, adelantóse el piadoso Caballero catalán y dió aviso a los dos ilustres Cabildos, los que llegando al heredamiento de Cuarto en donde había parado la comitiva, después de reverenciar con gozo a la Señora, en forma de procesión la condujeron a la Santa Iglesia Mayor, siendo recibida como dádiva preciosa de los cielos, por el devoto pueblo.

Llevada después a la parroquia de San Julián, atendiendo a la inscripción con que fué hallada, labróle allí suntuosa capilla Mosen Per de Tous, de la que fué patrono, como hoy lo son sus descendientes los marqueses de la Granja, del noble linaje de los Tous de Monsalve, y fué cerrada la puerta del templo por donde entró la Señora en señal de respeto, como aun se encuentra tapiada en nuestros días.

Apenas entró en Sevilla tan soberana Señora cuando comenzó a ostentar el poder de su mediación, realizando portentos y maravillas en favor de los que la invocaban; el nobilísimo Cabildo de la Ciudad la aclamó su Patrona, y como tal la venera en nuestros días, no habiéndose oscurecido por el paso de los siglos y la malicia de los tiempos este patronato; así concurre corporativamente ante sus aras cada año, en la mañana del 8 de Septiembre, día de la Natividad, en que celebra su fiesta, para cumplir un *voto* que le hiciera.

Los enfermos hallaron saludable medicina en tan dulce Madre, consuelo los afligidos, protección y defensa los débiles, libertad los cautivos, siendo tantos los que en días difíciles sacó de sus mazmorras que las cadenas rotas, colgadas como exvotos en dos olmos que había junto a las puertas de su santuario, dieron el hierro necesario para forjar los dos hermosos lampadarios que hoy se admiran ante su santo altar.

No hubo calamidad ni aflición en que no acudiese la Ciudad o Cabildo municipal a esta Virgen de la Hiniesta, demandando remedio, sin ser al punto escuchada la súplica; memorables son, entre otros casos, la magna procesión del mes de Mayo en 1580, en que llevada a la Iglesia Mayor entre el concurso de todo el pueblo que con lamentos y súplicas de-

mandaba remedio a la espantosa sequía con que era castigada, al salir del templo Metropolitano, recitadas las Letanías de rogativas, a pesar de estar el cielo sereno y despejado, nublóse al punto y comenzó a llover tan copiosamente, que tuvo que guarecerse la santa imagen en la Colegial del Salvador; digna también de memoria es la procesión de penitencia verificada dos años después con la misma Señora haciendo estación a la Santa Iglesia Catedral, pidiendo cesase el gravísimo contagio llamado de *catarros;* también en esta ocasión, María Santísima, por medio de la imagen de la Hiniesta, libertó a Sevilla del azote y pudo la Ciudad rendirle gracias por tamaño beneficio.

En honor de tan Soberana Señora fundóse en Sevilla una Hermandad formada por caballeros de la primera nobleza, en el año 1412; años después labró un Hospital bajo la advocación de la misma Señora; en 1560 esta Hermandad se transformó, siguiendo la costumbre de la época, en Cofradía de penitencia, con regla aprobada en 1565; después de varias vicisitudes, esta Cofradía hace estación al presente en la tarde del Domingo de Ramos a la Santa Iglesia Mayor, llevando en sus «pasos» al Santo Cristo de la Buena Muerte y a una Virgen dolorosa, llamada de la Hiniesta, maravillosa escultura, atribuída a Juan Martínez Montañés.

Hermosa es, bajo el punto de vista artístico, la imagen que nos ocupa; se ignora el año en que fué esculpida, aunque puede afirmarse sin vacilación que no es posterior a 1380 en que vino a nuestra Ciudad; antes por el contrario, sus caracteres arqueológicos permiten asegurar que es de la mitad primera del siglo XIV, con lo que puede conciliarse muy bien la noticia o tradición de su invención por Per de Tous; de pie, labrada en madera, pintada toda ella, mide 126 centímetros de altura; sostiene en su brazo izquierdo a Jesús Niño, de rostro abultado y expresión candorosa que mira a su madre, apretando en su manecita izquierda un pajarillo, símbolo del alma fiel, mientras que parece bendecir con la diestra; la de la Señora, extendida, sustenta una manzana, símbolo del pecado que a Ella no tocó; la túnica de la Madre es de color de jacin-

to, azul el manto y blanca la veste del Niño; es muy bella la cabeza de la Virgen y elegantísima toda la figura.

En el siglo XVII fué destrozada esta imagen para vestirla con telas, según puede verse en diferentes láminas, apareciendo tan transformada que no parece la misma; cortaron su diestra mano, separaron al Niño del pecho de la Señora y lastimaron toda la talla con enormes clavos; pero esta vez se impuso el buen sentido; y en 1912, después de tres siglos de horrenda mutilación, fué hábilmente restaurada por el escultor Don Manuel Delgado Brackembury, y puede hoy ser admirada y venerada como en los días gloriosos de Mosen Per de Tous.



Nuestra Señora de la Antigua - Santa Iglesia Catedral

La Virgen de la Antigua

Santa Iglesia Catedral

Una muy respetable tradición que se viene trasmitiendo de generación en generación asigna a la venerable imagen de Nuestra Señora de la Antigua remotísimo origen, muy anterior a la época de la reconquista; con esta tradición está relacionada la que hace intervenir de maravillosa manera a esta milagrosa imagen en la liberación de la Ciudad del yugo sarraceno, manifestándose a su conquistador San Fernando.

Esta tradición tiene en su apoyo las influencias marcadamente orientales de la imagen y sobre todo su título; *Antigua*, que ya se le da en documento de principios del siglo XIV, y que hace suponer muchos años de existencia a esta pintura.

Críticos modernos afirman, por el contrario, que según sus caracteres arqueológicos, fué pintada esta hermosa y devota imagen, primeramente, en un muro de la iglesia, que fué antigua Aljama o Mezquita Mayor, purificada y destinada al culto del Dios verdadero al ser libertada Sevilla por el Santo Rey Fernando III en 1248; ya en esta remota fecha, Santa María, en esta peregrina imagen, atraía hacia sí, con sus maravillas y portentos, los corazones de todos los hijos de este pueblo; destruída esta antigua iglesia, en la nueva edificada sobre el mismo solar, la magna Catedral Hispalense, continuó recibiendo su culto secular en la capilla edificada en 1517, trasladado después con admirable artificio el grueso trozo de muro sobre que está pintada la sagrada imagen; tal es el origen del nombre con que desde entonces es llamada, por haber pasado a *la nueva iglesia desde la antigua demolida.*

El Santuario de esta Soberana Señora fué siempre el lu-

gar a donde acudió el fervor y piedad sevillanos para mostrar su amor a María Santísima, complaciéndose Nuestro Señor en hacer patente cuán gratos le eran estos reverentes obsequios a su Madre bendita, por favores y beneficios de todo género, como lo pregonaban los exvotos que colgaban en tiempos anteriores de los muros de su capilla.

Es ésta la más elevada, amplia y hermosa en decoración y riquezas de cuantas tiene el Templo Metropolitano; el arte y el amor unidos terminaron en 1734, por medio del venerable Prelado don Luis Salcedo y Azcona, devotísimo de esta Señora, junto a cuyo altar espera la resurrección postrera, la ornamentación de la espléndida capilla, construída con riquísimos jaspes, exornada con bellas estatuas y lienzos meritísimos, con balaustradas y frontales de bien labrada plata, de cuyo rico metal son también las lámparas que pendientes de artísticos soportes velan de continuo ante la sagrada imagen.

La fama de sus maravillas atrajo en todo tiempo ante su altar a muchedumbres de devotos; nuestros Monarcas, los Reyes Católicos, el Emperador y su hijo Felipe II, le profesaron especialísima devoción; basta decir que llevaban su imagen por todas partes, que se celebraron Cortes de Castilla en su santo templo y que instituyeron una Orden militar en su honor; nuestros marinos, fiados de su protección, surcaron los mares y realizaron proezas inmortales: Colón, Magallanes, Sebastián El Cano, y cien otros, son testigos admirables de este poder de la Señora; Ella, en su imagen de la Antigua, alentó a nuestros conquistadores como a Hernán Cortés en Méjico, y Ella dió nombre a la primera capilla erigida en la isla de Santo Domingo por Cristóbal Colón y a la primera Catedral Americana, erigida en la Ciudad de la Antigua del Derien, como Madre espiritual del Mundo Nuevo, puesto por Ella en manos de Colón.

Varones eminentes en santidad han cifrado en esta Señora sus filiales ternuras: San Fernando, San Vicente Ferrer, San Diego de Alcalá, San Francisco de Borja, el Beato Padre Juan de Avila, Santa Teresa de Jesús, el Venerable Padre

Contreras, el Beato Fray Diego José de Cádiz y muchos otros más, enamorados servidores de su celestial grandeza.

Sevilla formó desde el siglo XVI Cofradías y Rosarios en honor de Nuestra Señora de la Antigua; alistáronse en sus filas los más distinguidos de la Ciudad, y tanto se propagó su culto, que dentro de ella y en los pueblos comarcanos, apenas hubo templo en que faltase su imagen, magníficas copias que aun se conservan.

Esta imagen debe otra vez ser el objeto del más ferviente, asiduo y devoto entusiasmo de la piedad sevillana, como en siglos gloriosos pasados.



Nuestra Señora de la Sede - Santa Iglesia Catedral



Nuestra Señora de la Sede

Titular de la Santa Iglesia Catedral

Nuestros antiguos analistas Ortiz de Zúñiga, Maldonado Dávila, los jesuítas padres Aranda y Villafañe, y el erudito Alonso Morgado, escribieron sendas disertaciones acerca de la antigüedad y culto tributado en tiempos pasados a Nuestra Señora de la Sede; todos ellos pretendieron, por ennoblecer más la imagen, atribuirle mayor antigüedad de la que ciertamente tiene.

Esta hermosa imagen no pudo pertenecer, en efecto, como afirman los escritores mencionados, al Santo Rey Conquistador de Sevilla, pues sus marcadísimos caracteres arqueológicos le asignan un siglo posterior a la época de San Fernando; mucho menos, por tanto, pudo pertenecer al Rey Alfonso VIII, el de las Navas de Tolosa, ni a la gloriosa Reina doña Berenguela de Castilla, abuelo y madre, respectivamente, de nuestro Rey Santo, como pretendieran otros historiadores.

La Virgen de la Sede es obra perfecta del siglo XIV, época segunda de la escultura mariano-hispánica, llamada ordinariamente de *transición*, entre la *forma hierática* o primaria, y la *forma humana* o posterior; como todas las imágenes de este siglo, está asentada la Señora en un escabel, de corte ojival, sin brazos ni respaldo, y sostiene sobre la pierna izquierda asentado al Divino Niño, que mira hacia el frente, bendiciendo al pueblo con su diestra y mostrando en la siniestra, el mundo; mientras que la Señora suntenta una granada en la mano derecha y con la izquierda oprime las piernas de su Hijo Divino; gran naturalidad y soltura revelan los pliegues del manto y túnica de la imagen, siendo muy hondos entre

las rodillas; caracteres todos innegables de la época de *transición* que llega hasta los albores del siglo XV en esta escultura mariana en España.

Fué labrada esta imagen en madera dura, ciprés, para ser recubierta de sutilísimas láminas de plata cincelada, lo mismo que el escabel y la peana, dejando sólo descubierta la madera en los rostros y manos de la Madre y del Hijo y en los pies de este último, todo ello debidamente encarnado.

La lámina de finísima plata que recubre a las imágenes está cincelada formando pequeños rombos con un cuadrifolio en su centro, mientras que el escabel en que se asienta la Señora muestra como decoración una faja de jaqueles con castillos y leones, de primorosa labor, no exentos de influencias mudejáricas; el aro que corona a la Virgen está recubierto por el manto, careciendo el Niño Jesús de este atributo de realeza.

Muchas restauraciones ha sufrido esta imagen venerable; son conocidas las hechas en 1536 y en 1621; otras modernas, imperitísimas, habían sustituído con pedazo de hojalata algunos fragmentos de plata que faltaban a la Imagen, borrando con ello la finura de sus paños y afeando la hermosura de esta obra perfecta de nuestros escultores en plena época ojival; más la perita restauración realizada en 1924 por el escultor don José Ordoñez y costeada por la Excma. Sra. doña Emilia Osborne, Vda. de Ibarra, ha devuelto a la Virgen de la Sede su peculiar y primitiva hermosura.

Llámase esta Señora de la «*Sede*», por ser titular del templo Catedral en que tiene su sede o asiento la dignidad Metropolitana; y su fiesta se celebra el día de la Asunción de Nuestra Señora, pues a este Misterio por su especial devoción consagraba San Fernando todos los Templos que erigía, y al venir esta Virgen a ocupar el altar mayor de la Iglesia dedicada desde 1249 a la Asunción, celebróse en este día, desde entonces, su solemnidad.

Con mucho culto y reverencia la honró siempre su Cabildo; por respeto a la Virgen de la Sede se cantan siempre de pie, desde tiempo inmemorial, las vísperas solemnes de todas las fiestas de la Virgen María en el coro de nuestra

Iglesia Mayor; a esta Señora saludan todos los días los niños de coro, mañana y tarde, entonando un precioso cántico, «el Sanctissimae», con que alaban a Dios por medio de su Madre bendita; esta Virgen, rica en milagros fué sacada en procesión en días angustiosos para la Patria, como en 1705 a petición del Rey Felipe V para impetrar su auxilio en las guerras de sucesión, y más tarde en 1709 en la grave epidemia de tabardillos, y siempre se mostró benigna a los que la invocaban, siendo favor de esta Señora el haber librado a esta Ciudad en el horrendo terremoto de 1.º de Noviembre de 1755 al ser fervorosamente interesada por las súplicas de su pueblo, congregado bajo las bóvedas de su templo, guardando a todos libres e incólumes de tan grave azote que asoló pueblos y naciones.

No ha olvidado Sevilla que debe a esta Virgen de la Sede tamaño beneficio, y así cada año en la mañana del 1.º de Noviembre, por medio del Cabildo eclesiástico da gracias a la Señora haciendo estación a su imagen en el monumento conmemorativo de la Plaza del Triunfo, y de nuevo implora su poderosa protección cantando reverente la hermosa haprecación: «Sub tuum praesidium confugimus, Sancta Dei Genitix»; «Bajo tu amparo nos ponemos, Santa Madre de Dios».



Nuestra Señora de los Reyes - Santa Iglesia Catedral

Nuestra Señora de los Reyes

Santa y Real Capilla en la Metropolitana
y Pontificia Iglesia Catedral

La ferviente devoción que a la bendita Madre de Dios y de los hombres profesara el Santo Rey Fernando III de Castilla y de León, se manifestaba entre otros muchos clarísimos testimonios, en el singular empeño del glorioso Monarca en honrar las imágenes de esta soberana Señora.

En paz y en guerra siempre llevó consigo devotísimos simulacros de la Madre del Señor, ante los que derramaba la férvida oración de su corazón piadoso, a quienes encomendaba sus empresas, y por cuyo medio recibía celestiales consuelos y luces superiores; Sevilla, teatro dichoso de sus postreros días y de su santa muerte se ve enriquecida con bastantes imágenes de la Señora, que acompañaron al piadoso guerrero y ejemplar Monarca, donados por él a Iglesias y a Conventos de su devoción: tales son la de las *Aguas,* de la colegial de San Salvador; las de los Reyes, del Convento de San Clemente y de la Hermandad de los Sastres, en San Ildefonso; la de la *Merced,* de los Mercedarios Calzados, y la de las *Batallas,* en la Real Capilla, su compañera de guerreras expediciones.

Pero entre todas estas devotas efigies, tiene lugar de honor la veneranda imagen de Nuestra Señora de los Reyes, amor de los amores del Rey Santo; recibióla sin duda, como dádiva preciosa de su primo el monarca francés San Luis IX y desde entonces la constituyó su compañera inseparable, sirviéndola con toda la reverencia y amor de su devoto espíritu; en carro magnífico, llevóla el Santo en todas sus bélicas em-

presas y así estuvo con él en los sitios y victorias de Jaén, Córdoba y Sevilla, por no citar las innumerables ciudades y pueblos que fueron también ganados por tan invencible guerrero.

A la intercesión de esta Virgen bendita de los Reyes atribuía siempre San Fernando sus gloriosos éxitos; a Ella rendía con todos sus guerreros, homenaje de gratitud después de sus triunfos; por eso al entrar en Sevilla después del memorable asedio, ganada la Ciudad, en procesión devotísima en el día 22 de Diciembre de 1248 por la antigua puerta de Goles o Real, era llevada la Virgen de los Reyes en magno carro de triunfo, precedida de magnates, capitanes y grandes maestres de las Ordenes militares, rodeada de prelados y religiosos, y escoltada por el mismo Rey que a pie, y con la gloriosa espada en su diestra y seguido de su Familia, devolvía a esta Señora toda la gloria y el honor de tan fausto suceso.

Quiso el Rey Santo que ocupase la Señora el lugar de honor en la purificada Mezquita, reservándosele una capilla o espacio que se designó con el nombre de Capilla Real, e instituyó para su servicio un Cabildo o cuerpo de capellanes; a sus pies quiso reposar después de muerto para nunca separarse de tan venerada imagen, y primero en la antigua Iglesia y después en la hermosa Capilla Real duerme en rico sepulcro el invicto Debelador de la morisma, cabe la Virgen de sus tiernos amores.

La imagen, del siglo XIII, labrada en madera de ciprés, para ser vestida, es ejemplar interesantísimo, estando toda articulada para moverse con todas las posturas del cuerpo humano; su rostro, falto de modelado, pero de una ingenuidad muy expresiva y atrayente, ha sido pintado muchas veces en diferentes restauraciones como puede observarse en los desconchados que por efecto del paso de los siglos muestra en su rostro y en su manos, asímismo faltas de modelado.

Sustenta al presente sentado sobre sus rodillas al Niño Jesús, del mismo siglo, muy restaurado, sobre todo en su cabeza; algunos críticos modernos pretenden, sin fundamento, que en siglos pasados sostuvo en su brazo izquierdo al Di-

vino Niño; pero aparte de que esto es imposible por la disposición de los brazos y manos de la imagen, la razón alegada de algunos sellos en que así aparece, cae por su base, si se tiene en cuenta que la representada es la Virgen de la Sede, titular del Cabildo Catedral, nunca la de los Reyes que no fué empleada para esto; además, la de las *Aguas* y las otras antes citadas de los Reyes, hechas a su imitación, siempre mostraron al Niño en las rodillas de la Madre bendita.

Según la mudanza de los siglos fué cambiando el traje de la Señora; de su primitivo atavío solo conserva los zapatos, de cordován, primorosa labor del siglo XIII; coronada solemne y canónicamente en 4 de Diciembre de 1904, ciñe sus sienes rica diadema de oro y pedrería que pidió la piedad y regaló el fervoroso entusiasmo de sus hijos; últimamente en el pasado año de 1928 usó en la procesión solemne de su fiesta, la gloriosa Asunción a los cielos, artístico y muy rico trono o *paso*, regalado por el amor del pueblo sevillano que la aclama su Patrona y la ama como Madre benditísima.

Desde los días de la reconquista de la Ciudad y a ejemplo de San Fernando, los sevillanos pusieron sus amores en esta Virgen de los Reyes; Madre y Señora de Sevilla todas las empresas de sus hijos fueron por Ella protegidas y amparadas; así los alentó en los días de los viajes al Nuevo Mundo, llevando ellos su devoción a tierra firme; en las luchas teológicas en favor de la limpieza original, Ella suscitó a Bernardo del Toro, defensor del Misterio y a una Legión de adalides; en los días de la guerra de la Independencia, la Virgen de los Reyes da alientos a la Junta Suprema, gloriosísima, y a los guerrilleros que en Bailén hacen morder el polvo a los invasores, como alentó a los soldados que hicieron sucumbir huestes de la media luna; Virgen siempre guerrera y siempre victoriosa, que recibe el homenaje del general Castaños y adorna sus altares con las águilas y enseñas cogidas al adversario.

Crece, cada día, la devoción de Sevilla a su Madre la Virgen de los Reyes; su *capilla* siempre con fieles; su *altar*, siempre con luces, don de sus devotos; la *Salve*, cantada tres veces

todos los sábados; su solemne novena anual en el mes de Agosto; su *rosario* incomparable en la noche víspera de su fiesta, y sobre todo su procesión indescriptible, son clara muestra de cómo ama Sevilla a su Madre de los Reyes, agradecidísima al amor y protección que la Señora le dispensa.

Sevilla - Mes de Mayo - 1929



LAUS DEO

ET

BEATAE VIRGINIS MARIAE

Nihil obstat
LDO. ANTONIO LORAN
Censor Ecco.

Imprimatur
Sevilla, 14 de Mayo de 1929
E. CARDENAL ILUNDAIN
Arzobispo de Sevilla

Lugar del sello.

todos los sábados, su solemne novena anual en el mes de Agosto, su rosario incomparable en la noche víspera de su fiesta, y sobre todo su procesión indescriptible, son claras muestras de cómo ama Sevilla a su Madre de los Reyes, agradeciéndole el amor y protección que la Señora le dispensa.

Sevilla - Mes de Mayo - 1929

Laus Deo

et

Beatae Virgini Mariae

Nihil obstat.
Lic. Antonio Rojas
Censor Ecco.

Imprímase.
Sevilla 16 de Mayo de 1929
El Cardenal Arzobispo
Eustaquio, Arzob. de Sevilla